

ÍNDICE

LA COMEDIA HUMANA

Escenas de la vida parisiense

Volumen X

Historia de los Trece	11
Prefacio	13
I. Ferragus, jefe de los Devoradores	21
II. La duquesa de Langeais	161
III. La Muchacha de los Ojos de Oro	327
Grandeza y decadencia de César Birotteau	417
I. César en su apogeo	419
II. César en lucha con el infortunio	605
La casa Nucingen	771
Sarrasine	857

HISTORIA DE LOS TRECE¹

1. Las novelas de esta trilogía pueden leerse de manera independiente. Prácticamente sólo las unen las diferentes formas de amar de las mujeres protagonistas. [Salvo indicación expresa, las notas son del corrector].

PREFACIO

EXISTIERON, BAJO EL IMPERIO Y EN PARÍS, trece hombres igualmente inspirados por el mismo sentimiento, dotados todos de una energía lo bastante grande para ser fieles al mismo pensamiento, lo suficientemente honrados entre ellos para no traicionarse, aun en los casos en que sus intereses eran contrapuestos; lo bastante sagazmente políticos para disimular los lazos sagrados que les unían; lo bastante fuertes para colocarse por encima de todas las leyes; lo bastante osados para atreverse a todo, y lo bastante afortunados para haber triunfado casi siempre en sus empresas; habiendo corrido los mayores peligros, pero callando sus derrotas; inaccesibles al miedo, y no habiendo temblado nunca ni ante el príncipe, ni ante el verdugo, ni ante la inocencia; habiéndose aceptado todos, unos a otros, tales como eran, sin tener en cuenta los prejuicios sociales; criminales, sin duda, pero notables ciertamente por algunas de las cualidades que hacen a los grandes hombres, y no reclutándose sino entre los hombres selectos. Finalmente, para que no le faltase nada a la sombría y misteriosa poesía de esta historia, aquellos trece hombres han permanecido desconocidos, aunque todos ellos hayan llevado a cabo las ideas más caprichosas que sugiere a la imaginación el fantástico poder falsamente atribuido a los Manfred,² a los

2. Personaje del poema dramático *Manfred* de lord Byron.

Fausto,³ a los Melmoth;⁴ y todos ellos hoy están deshechos, dispersos al menos. Han vuelto bajo el tranquilo yugo de las leyes civiles, del mismo modo que Morgan,⁵ el Aquiles de los piratas, se convirtió de depredador en colono tranquilo y dispuso sin remordimientos, a la lumbre del hogar doméstico, de los millones recogidos entre la sangre y el rojo resplandor de los incendios.

Después de la muerte de Napoleón, una circunstancia casual, que el autor debe callar todavía, disolvió los lazos de aquella vida secreta y curiosa, como lo puede ser la más sombría de las novelas de la señora Radcliffe.⁶ El permiso, bastante extraño, de contar a su gusto algunas de las aventuras sucedidas a esos hombres, respetando siempre ciertas convenciones, no le ha sido dado al autor hasta hace muy poco por uno de aquellos héroes anónimos a los que la sociedad entera estuvo ocultamente sometida, y en quien cree haber sorprendido un vago deseo de celebridad.

Este hombre, joven todavía en apariencia, de cabellos rubios y ojos azules, cuya voz dulce y clara parecía revelar un alma femenina, era pálido de rostro y misterioso en sus maneras, hablaba con amabilidad, pretendía no tener más que 40 años y podía pertenecer a las clases sociales más elevadas. El nombre que había tomado parecía ser un nombre supuesto; en el mundo, su persona era desconocida. ¿Qué es? No se sabe.

Tal vez, al confiar al autor las cosas extraordinarias que

3. Personaje del *Fausto* de Goethe.

4. Protagonista de la obra de Maturin *Melmoth el errabundo*. Balzac, apiadado de él, escribió su novela corta *Melmoth reconciliado*.

5. Henri Morgan (c. 1635-1688), pirata y marinero galés. A pesar de su vida de filibustero, fue nombrado caballero por Carlos II de Inglaterra y ocupó el cargo de gobernador de Jamaica, persiguiendo desde entonces a los piratas del Caribe.

6. Ann Radcliffe (1764-1823), novelista británica, pionera de la novela gótica de terror.

le ha revelado, quería el desconocido verlas en cierto modo reproducidas y gozar de las emociones que harían nacer en el corazón de la muchedumbre, sentimiento análogo a aquel que agitaba a Macpherson cuando el nombre de Ossían,⁷ su criatura, se inscribía en todas las lenguas. E, indudablemente, aquélla era para el abogado escocés una de las sensaciones más vivas, o más raras al menos, que el hombre pueda procurarse. ¿No es el incógnito del genio? Escribir el *Itinerario de París a Jerusalén*⁸ es recabar una parte de la gloria humana de un siglo; pero dotar a su país de un Homero, ¿no es tanto como usurpar las atribuciones de Dios?

El autor conoce lo bastante las leyes de la narración para ignorar los compromisos que este corto prefacio le hace contraer; pero conoce lo suficiente la *Historia de los Trece* para estar seguro de que no se encontrará jamás por debajo del interés que debe inspirar este programa. Le han sido confiados dramas que chorrean sangre, comedias llenas de horrores, novelas en las que ruedan cabezas cortadas en secreto. Si algún lector no estuviese saciado con los horrores fríamente servidos al público desde hace algún tiempo, podría revelarles serenas atrocidades y asombrosas tragedias de familia a poco que él comunicase el deseo de saberlas. Pero ha elegido con preferencia las aventuras más tranquilas, aquellas en las que a la tempestad de las pasiones suceden las escenas puras y en las que la mujer aparece radiante de virtudes y de belleza. En honor de los Trece se encuentran tales mujeres en su historia, que tal vez alcance un día el honor de ser parangonada con la de los filibusteros, ese pueblo aparte tan curiosamente enérgico y tan seductor a pesar de sus crímenes.

Un autor debe desdeñar el convertir su relato, cuando este

7. James Macpherson (1736-1796), más conocido por su heterónimo, el bardo céltico Ossían; poeta escocés del prerromanticismo.

8. Obra de François-René de Chateaubriand (1768-1848).

relato es verdadero, en una especie de juguete de sorpresa, y el pasear al lector, al modo de algunos novelistas, de subterráneo en subterráneo, durante cuatro volúmenes, para mostrarle un cadáver completamente seco y decirle, como conclusión, que le ha atemorizado constantemente con una puerta oculta tras de algún tapiz o con un muerto dejado por olvido bajo el entarimado. A pesar de su aversión por los prefacios, el autor ha tenido que verter estas frases precediendo a la narración. *Ferragus* es un primer episodio que se relaciona por invisibles lazos con la *Historia de los Trece*, cuyo poder naturalmente adquirido es lo único que puede explicar ciertos medios en apariencia sobrenaturales. Aunque les esté permitido a los novelistas tener una especie de coquetería literaria, deben, al convertirse en historiadores, renunciar a los beneficios que procura la aparente singularidad de los títulos sobre los que se fundan hoy día éxitos livianos. Por esta razón, el autor explicará aquí sucintamente las razones que le han obligado a aceptar unos títulos poco naturales en apariencia.

Ferragus es un nombre tomado, siguiendo una antigua costumbre, por un jefe de los Devoradores. El día de su elección, estos jefes continúan aquella de las dinastías *devoradorescas* cuyo nombre les agrada más, como hacen los papas, a su advenimiento, con respecto a las dinastías pontificias. De este modo, los Devoradores tienen a Moja-la-Sopa IX, Ferragus XXII, Tutanus XIII y Masca-Hierro IV, lo mismo que la Iglesia tiene sus Clemente XIV, Gregorio IX, Julio II, Alejandro VI, etc. Ahora bien, ¿qué son los Devoradores? *Devoradores* es el nombre de una de las tribus de Compagnons, dependientes en otro tiempo de la gran asociación mística formada entre los obreros de la cristiandad para reconstruir el templo de Jerusalén. El

*compagnonnage*⁹ está todavía en pie en Francia entre el pueblo. Sus tradiciones poderosas sobre las cabezas poco iluminadas y sobre gentes que no están lo bastante instruidas para faltar a sus juramentos podrían servir para llevar a cabo formidables empresas si algún genio poco refinado quisiese apoderarse de esas diversas sociedades. En efecto, en él todos los instrumentos son casi ciegos; en él, de pueblo en pueblo, existe para los *compagnons*, desde hace un tiempo inmemorial, una *obade*, especie de albergue regentado por una madre, una vieja, medio bohemia, que no tiene nada que perder, que sabe todo lo que ocurre en la comarca y es fiel, por miedo o por un largo hábito, a la tribu, a la que alberga y alimenta individualmente. En fin, ese pueblo cambiante, pero sometido a costumbres inmutables, puede tener ojos en todas partes y ejecutar dondequiera una voluntad sin juzgarla, ya que el *compagnon* más viejo está todavía en la edad en que se cree todavía en algo. Por otra parte, el cuerpo entero profesa doctrinas lo bastante verdaderas y lo bastante misteriosas para electrizar patrióticamente a todos los adeptos si tales doctrinas recibiesen el menor desenvolvimiento. Además, la adhesión de los *compagnons* a sus leyes es tan apasionada que las diversas tribus entablan entre sí sangrientos combates, con el fin de defender algunas cuestiones de principio. Afortunadamente para el orden público actual, cuando un devorador es ambicioso, construye casas, hace fortuna y abandona el *compagnonnage*. Habría muchas cosas curiosas que decir acerca de los Compañeros del Deber, los rivales de los Devoradores, y acerca de todas las diferentes sectas de obreros, sobre sus usos y su fraternidad, así como sobre las relaciones existentes entre ellos y los francmasones; pero esos detalles estarían aquí

9. Sistema tradicional de transmisión de conocimientos y de formación laboral anclado en las comunidades de compañeros, rama del movimiento obrero francés anterior a la autorización de los sindicatos.

fuera de lugar. Tan sólo el autor añadirá que bajo la antigua monarquía no era un caso raro encontrar un Moja-la-Sopa al servicio del rey, teniendo un sitio en sus galeras por ciento un años, pero dominando siempre desde allí su tribu y siendo consultado religiosamente por ella; y después, al soltar su remo, estaba seguro de encontrar ayuda, socorro y respeto en todas partes. Ver a su jefe en galeras no es para la tribu fiel más que una de esas desgracias de las que la Providencia es responsable, pero que no dispensa a los devoradores de obedecer al poder creado por ellos y que está por encima de ellos. Es el destierro momentáneo de su rey legítimo, que sigue siendo rey para sus súbditos. He aquí, pues, completamente disipado el prestigio novelesco que va unido al nombre de Ferragus y al de los devoradores.

En cuanto a los Trece, el autor se siente lo bastante sólidamente apoyado por los detalles de esta historia casi novelesca para abdicar aún de uno de los más hermosos privilegios del novelista de que hay ejemplo, y que en el Châtelet¹⁰ de la literatura podría adjudicarse a un elevado precio e imponer al público tantos volúmenes como los que le ha dado la Contemporánea.¹¹ Los Trece eran todos hombres de temple, como lo fue Trelawney, el amigo de lord Byron, y, según dicen, el modelo original de *El corsario*; todos fatalistas, gentes de corazón y de poesía, pero aburridos de la vida sin interés que llevaban e impulsados hacia goces asiáticos por fuerzas tanto más extremadas cuanto que, dormidas largo tiempo, se despertaban más furiosas. Un

10. N. del T. *Châtelet*: antiguo castillo de París que sirvió de tribunal y después de prisión; en la plaza del Châtelet se verificaban las subastas públicas.

11. Sobrenombre de Maria Johanna Elseina Versfelt (1776-1845), escritora, actriz teatral y cortesana holandesa, también conocida como Ida Saint-Elme. Sus *Memorias de una contemporánea* (1827) tuvieron un gran éxito, por lo que las muchas secuelas se publicaron con el pseudónimo de La Contemporánea.

día, uno de ellos, después de haber leído la *Venecia salvada*,¹² y después de haber admirado la unión sublime de Pierre y de Jaffier,¹³ vino a pensar en las virtudes peculiares de las gentes arrojadas fuera del orden social, en la probidad de los presidios, en la fidelidad de los ladrones entre ellos, en los privilegios de poder exorbitante que esos hombres saben conquistar al confundir todas las ideas en una sola voluntad. Encontró al hombre más grande que los hombres. Presumió que la sociedad debía pertenecer por entero a gentes notables que a su talento natural, a sus luces adquiridas y a su fortuna uniesen un fanatismo lo bastante ardiente para fundir en un solo haz las diferentes fuerzas. Desde luego, inmenso en acción y en intensidad, su poder oculto, contra el que el orden social estaría indefenso, derribaría los obstáculos, fulminaría las voluntades y daría a cada uno de ellos el poder diabólico de todos. Este mundo aparte dentro del mundo, hostil al mundo, no admitiendo ninguna de las ideas del mundo, no reconociendo ninguna de sus leyes, no sometiéndose más que a la conciencia de su necesidad, no obedeciendo sino a una abnegación fiel, actuando todo entero para uno solo de los asociados cuando uno de ellos reclamase la asistencia de todos; esa vida de filibusteros de guante amarillo y en carroza; esa unión íntima de gentes superiores, frías y burlonas, sonriendo y maldiciendo en medio de una sociedad falsa y mezquina; la certidumbre de poder hacer que todo se incline ante un capricho, de poder tramar una venganza con habilidad y de vivir en trece corazones, además de la dicha continua de tener el secreto de un odio frente a los hombres, de estar siempre armado contra ellos y de poder retirarse en su interior con una idea más de la que pueden haber tenido los hombres más notables, esa

12. Tragedia de 1682 de Thomas Otway, dramaturgo inglés (1652-1685).

13. Personajes de *Venecia salvada*. Pierre es el amigo leal y devoto de Jaffier.

religión de placer y de egoísmo fanatizó a trece hombres que reprodujeron la sociedad de Jesús en provecho del diablo. Fue horrible y sublime. Después tuvo lugar el pacto, y duró precisamente porque parecía imposible. Hubo, pues, en París, trece hermanos que se pertenecían y se desconocían todos en medio del mundo, pero que se encontraban reunidos, por la noche, como conspiradores, no ocultándose ningún pensamiento y usando por turno una fortuna semejante a la del Viejo de la Montaña;¹⁴ teniendo los pies en todos los salones, las manos en todas las cajas de caudales, los codos en la calle, sus cabezas sobre todas las almohadas y haciendo, sin escrúpulos, que todo sirviese a su fantasía. Ningún jefe los mandó, nadie pudo arrogarse tal poder; tan sólo la pasión más viva y la circunstancia más exigente tenían primacía. Fueron trece reyes desconocidos, pero realmente reyes, y, más que reyes, jueces y verdugos que, habiéndose hecho unas alas para recorrer la sociedad de arriba abajo, desdeñaron ser en ella algo porque lo podían todo. Si el autor se entera de las causas de su abdicación, las dirá.

Ahora le sea permitido comenzar el relato de los tres episodios que le han seducido más especialmente en esta historia por el olor parisiense de los detalles y por lo extraño de los contrastes.

París, 1831

14. Hasan ibn Sabbah (1050-1124), conocido como el Viejo de la Montaña y con el sobrenombre de Alauddin; reformador religioso, inspirador y jefe de los llamados *hashshashín* («asesinos»), o Secta de los Asesinos.